

# LA MONARQUÍA GRIEGA ANTES DE LA CONSTITUCIÓN DE LA *POLIS*. ALGUNAS CONSIDERACIONES SOBRE EL CASO ATENIENSE

*José Luis Menéndez*  
*Universidad de Barcelona*

El propósito de este artículo es defender la existencia de una forma política monárquica con anterioridad a la constitución de la *polis*, así como realizar algunas consideraciones sobre su naturaleza, ciñéndonos en esta ocasión al examen de algunos aspectos de la tradición ateniense. Al situarse en un horizonte anterior al estado arcaico, el examen de las diferentes noticias nos lleva a admitir la presencia de una monarquía que supone un ejercicio del poder de carácter gentilicio. Finalmente, se han apuntado algunas observaciones sobre la posibilidad de que dichas monarquías hayan desempeñado un papel activo en la propia constitución de la *polis* arcaica.

The aim of this essay is both to defend the existence of some form of monarchical power prior to the constitution of the *polis* and to lay out some suggestions about its nature, with a special focus on the Athenian tradition. Because the analysis centres on the times preceding the archaic state, the examination of references leads us to the conclusion that this monarchical exercise of power was based on kinship. Finally, some reflections as to the possible role played by these monarchies in the very constitution of the archaic *polis* have been set out.

No es fácil situar en el decurso histórico la figura del *basileús*-rey, fundamentalmente porque el conocimiento disponible de esta institución viene transmitido por una tradición legendaria que ha visto criticado su valor histórico en la moderna historiografía. En líneas generales, aquellos historiadores que admiten la existencia de regímenes monárquicos postmicénicos se centran sobre todo en el hecho de que estas monarquías preceden al ejercicio de poder aristocrático, pasando por

alto cualquier otra consideración<sup>1</sup>, aspecto que ya de por sí habla suficientemente de las dificultades que rodean esta problemática.

Estando así las cosas, y sobre la base de un análisis crítico del ejercicio del poder monárquico tal y como éste ha sido interpretado en diversos estudios específicos, lo que aquí se pretende es defender la existencia de esta forma política con anterioridad a la constitución de la *polis*, así como realizar alguna consideración sobre su naturaleza, ciñéndonos en esta ocasión a la tradición ateniense.

La *basileia* regia puede ser considerada como la evolución natural de la figura del jefe-patriarca, tal y como éste ha sido definido en la moderna antropología, y del que no estaría, por cierto, muy diferenciada. De este modo, la *basileia* monárquica se presenta entonces, en primera instancia, como uno de los productos resultantes de la superación de la crisis micénica. Y es precisamente en este punto en el que nos separamos de las líneas de trabajo mayoritariamente seguidas por los historiadores, quienes han rechazado abordar el ejercicio del poder monárquico en este período temprano, dada la total y absoluta falta de referencias y el claro riesgo de inconsistencia histórica<sup>2</sup>. Incluso también de las importantes aportaciones de J. Andreev: no obstante su inspiración a la hora de imaginar una posible figura regia para estos tiempos remotos, disintimos del giro final que imprime a sus conclusiones, en las que atenúa el alcance de esta figura al matizar que sólo es posible hablar de una forma temprana de monarquía en sentido estricto en tiempos micénicos<sup>3</sup>. A nuestro juicio, pesó en el historiador la definición contemporánea del régimen monárquico como forma de estado, de modo que sólo en la época micénica encontraba ese contexto estatal que le resultaba imprescindible.

Ni que decir tiene que el principal escollo al que se enfrenta este tipo de análisis es, como ya ha sido reconocido suficientemente, la falta de cualquier referencia literaria directa respecto a la posible existencia de tal régimen en estas fases tempranas de la historia griega. Como señala P. Carlier<sup>4</sup>, todas las tradiciones que dan noticia, en uno u otro sentido, de las monarquías se remontan como fecha más temprana a los siglos VIII-VII a.C., y aunque no pueden considerarse testimonios de validez histórica, sí que llevan implícito un carácter sintomático. Todas ellas vienen a ser los ecos de un fuego cruzado de propaganda que, a principios del Arcaísmo, involucraron a las familias que tradicionalmente habían es-

<sup>1</sup> Aun así, esta transformación viene datada cronológicamente por dichos historiadores a lo largo de un período —entre los siglos IX-VII a.C.— que, a la espera de una mayor concreción, se muestra muy amplio. Al respecto: Ch. G. Starr, "The Decline of the Early Greek Kings", *Historia* 10 (1961) 129-138; J. B. Bury-R. Meiggs, *A History of Greece to the Death of Alexander* (New York 1975) 64; R. Sealey, *A History of the Greek City States, 700-338 B.C.* (Berkeley 1976).

<sup>2</sup> Por esta razón, se hace necesario citar aquí el primer capítulo de una obra formidable y clásica, en el que se acometió el difícil objetivo de presentar, de una forma rigurosa, un panorama general que arroja un poco de luz sobre esta oscura problemática: G. de Sanctis, *Atthis. Storia della Repubblica Ateniense. Dalle origini alla età di Pericle* (Torino 1912) 1-39.

<sup>3</sup> J. Andreev, "Könige und Königsherrschaft in den Epen Homers", *Klio* 61 (1979) 380-382.

<sup>4</sup> *La royauté en Grèce avant Alexandre* (Strasbourg 1984) 504.

tado vinculadas al poder y que disponían de un monarca entre sus ancestros, y aquella otra aristocracia de nuevo cuño que se legitima durante la primera fase del Arcaísmo y accede al poder en idénticas condiciones que las familias tradicionales. Para ello, requerían en primer lugar bien el descrédito de la tradición monárquica, bien el situar alguno de sus ancestros entre la realeza.

Por esto, cualquier mínima noticia que pueda ser objeto de interpretación sobre este asunto adquiere una notoria relevancia. Es indispensable recuperar en primera instancia un comentario de Aristóteles que, si bien ha sido utilizado una y otra vez en los estudios sobre la realeza, a nuestro modo de ver, entraña todavía aspectos que han sido pasados por alto y que se presentan susceptibles de ser adoptados para nuestro propósito. En su obra dedicada al estudio teórico de los distintos regímenes políticos, Aristóteles reserva una parte al análisis de las diferentes formas de monarquía<sup>5</sup>. La cuarta forma de monarquía objeto de comentario es la de “los tiempos heroicos”. Aristóteles la define como una monarquía hereditaria que se instituye en virtud del prestigio alcanzado por un individuo ante sus conciudadanos tras haber procurado beneficios notables a la comunidad. Y acto seguido enumera dichos servicios: “en las artes o en la guerra o por haber reunido a los ciudadanos o por haberles procurado tierras”<sup>6</sup>. En las palabras de Aristóteles parecen resonar los ecos de una tradición que evocaba la importancia que en una época remota llegaron a tener las artes; la inestabilidad bélica que tuvieron que afrontar los pequeños asentamientos en aquellos tiempos de carestía, resultado del derrumbe micénico; la importancia de recuperar para el cultivo tierras abandonadas o las primeras agrupaciones de estas minúsculas comunidades con el fin de arrostrar los requerimientos de la vida cotidiana con mayores posibilidades de éxito. Y es en este contexto donde adquiere todo su sentido ese extraño comentario de Aristóteles sobre una quinta y última forma de monarquía<sup>7</sup>.

De manera muy breve, el estagirita refiere una monarquía en la que el rey es “soberano de todo”, una clase de monarquía situada “en el mismo rango que la administración doméstica”. La clave de lectura de esta escueta noticia se halla en el libro I de su *Política*, en el que Aristóteles realiza un repaso por las agrupaciones inferiores, en excelencia y magnitud, a la *polis*: *oikos* y *ethnos*. La casa familiar y la aldea, por este orden, son para Aristóteles las formas de comunidad natural en las que se organiza el hombre para satisfacer sus necesidades materiales cotidianas<sup>8</sup>. De hecho, aquello que diferencia la *polis*, como modelo de comunidad perfecta, de estas otras formas de organización colectiva más rudimentarias es la introducción fundamental de un nuevo elemento bien diferenciado de la naturaleza, la cultura, que en Aristóteles reviste un carácter básicamente ético-po-

<sup>5</sup> Arist. *Pol.* 3.14.1285a-1285b32.

<sup>6</sup> Arist. *Pol.* 3.14.1285b5-10. Salvo comentario expreso, la edición utilizada para las citas textuales será la siguiente: Aristóteles, *Política* (Madrid 1988), ed. M. García Valdés.

<sup>7</sup> Arist. *Pol.* 3.14.1285b27-32.

<sup>8</sup> Arist. *Pol.* 1.2.1252b15-20.

lítico<sup>9</sup>. Pero la cuestión en este punto es que esas agrupaciones de base gentilicia que constituyen los *ethne* no sólo son inferiores en excelencia a la *polis*, sino que también son anteriores en el tiempo y “estaban gobernadas por reyes”<sup>10</sup>. ¿Qué entender de estos comentarios?

Si estas dos últimas formas, la cuarta y la quinta, son propias de los *ethne* –que no de las *poleis*–, convendría explicar, primero, por qué razón Aristóteles las presenta integradas en dos grupos distintos –como dos formas monárquicas diferentes– y, segundo, en qué se distinguen de todas esas prácticas de realeza que el filósofo ha resumido con anterioridad y que encuentran un lugar en la *polis* arcaica y clásica, en el caso del ámbito griego, o en otras formas estatales, en el caso del mundo bárbaro. Lo que Aristóteles pretende realizar, entonces, es un recorrido crítico por las formas de organización política, de modo que su referencia a “los tiempos heroicos” funciona únicamente como alusión a un tiempo remoto difícil de situar cronológicamente pero, sin lugar a dudas, histórico. No parece descabellado suponer que Aristóteles hubiese llegado a la conclusión de que, partiendo de formas de vida rudimentarias y teniendo como horizonte la monarquía como primera forma política<sup>11</sup>, entendiese dos fases bien diferenciadas en el ejercicio del poder monárquico. Ambas estarían relacionadas con sociedades de tipo gentilicio, pero la primera de ellas, que se correspondería con la quinta forma mencionada en su libro III, entrañaría un estadio más temprano que bien podría coincidir con aquel jefe-patriarca ya mencionado. La segunda se correspondería con la cuarta forma, e iría asociada con un momento evolutivo superior en el proceso de creciente complejidad a través del cual el filósofo entiende la evolución de las comunidades humanas. En este caso, ya hay alusiones a una mejora en los medios de vida –mejora en las artes, adquisición de nuevas tierras, agrupación de colectivos humanos hasta ahora dispersos– que es lo que mueve a la legitimación definitiva de esa forma política. Se trataría en este caso de la sociedad caracterizada, en términos antropológicos, por una *jefatura simple*.

Pero queda todavía el segundo interrogante por resolver: qué es aquello que diferencia estas dos últimas formas de monarquía –el problema es más grave en el caso de la cuarta– de las realezas arcaicas y clásicas; o, por abundar más en la cuestión, por qué vincula la monarquía de “los tiempos heroicos” al *ethnos* y no ya a la *polis*. La respuesta a este problema se halla en su lugar particular en el seno de la evolución de este régimen político tal y como la entiende el filósofo. Aristóteles es perfectamente sabedor de que la monarquía ha sufrido un proceso continuado de debilitamiento, marcado por una progresiva pérdida de poder político que corre paralelo al establecimiento de la *polis*; muchas de las funciones del rey, y las más importantes incluso, pasan a ser desempeñadas con el tiempo

<sup>9</sup> Arist. *Pol.* 1.2.1252b30-35.

<sup>10</sup> Arist. *Pol.* 1.2.1252b19-25.

<sup>11</sup> Que la monarquía es la primera forma de organización colectiva, lo expresa literalmente el estagirita en *Pol.* 1.2.1252b22-26.

por otras instancias, hasta desembocar en ese estadio que le resulta propio en la época clásica. En todo este proceso, la monarquía “heroica” se distingue por disponer todavía de los resortes fundamentales del poder. Dice literalmente Aristóteles: “ejercían la soberanía como caudillos en la guerra y en los sacrificios no reservados a los sacerdotes, y además de esto juzgaban los procesos”<sup>12</sup>; y más adelante: “los reyes, en los tiempos antiguos, ejercían su autoridad continuamente en los asuntos de la ciudad, en los del campo y en los exteriores”<sup>13</sup>. Quizá encontremos en esta forma monárquica aristotélica una referencia indirecta a esa *basileia* regia que pretendemos defender en estas páginas, a saber: ese ejercicio de poder de base gentilicia que se asienta tras la definitiva superación del desastre micénico.

A continuación se pasará revista a la tradición ateniense dado que es la mejor conocida; en ella aparecen algunos elementos que se orientan en la misma línea del comentario hecho sobre la reflexión política de Aristóteles<sup>14</sup>. Desde las afirmaciones de F. Jacoby<sup>15</sup>, ha sido definitivamente aceptado que las listas de reyes atenienses no constituyen ningún criterio de veracidad histórica al ser un producto tardío de los Atthidógrafos y los Cronógrafos de los siglos IV y III a.C.<sup>16</sup>. Pero el hecho de que sea absolutamente necesario hacer caso omiso del valor cronológico de esta tradición no impide preguntarse por otros aspectos más relacionados con la estructura en que la misma ha llegado hasta la actualidad<sup>17</sup>.

De forma muy breve, esta relación de reyes manifiesta dos esquemas organizadores que se solapan perfectamente. Por un lado, aparece el obligado criterio genealógico, y en este sentido se presentan tres bloques dinásticos diferentes, o mejor dicho dos –el primero de los cuales es una sucesión de héroes legendarios áticos–, y un período final muy parco en noticias<sup>18</sup>. El siguiente criterio, coinci-

<sup>12</sup> Arist. *Pol.* 3.14.1285b6-12.

<sup>13</sup> Arist. *Pol.* 3.14.1285b13-19.

<sup>14</sup> Un estudio comparado de las diferentes tradiciones con relación a las listas de reyes atenienses se encuentra en G. de Sanctis, *Atthis, op. cit.* 99-116 (apéndice).

<sup>15</sup> F. Jacoby, “A Commentary on the Ancient Historians of Athens”, *Fragmente der griechischen Historiker*, Supp. 1 (Leiden 1954) 43-51.

<sup>16</sup> Son varias las pruebas irrefutables del carácter artificial de estas listas. En primer lugar, y circunscribiéndonos a la segunda lista, que es la que podría suponerse más verosímil históricamente, el hecho de que la cronología a la que se eleva el inicio de la dinastía medóntida termina por perderse en las brumas del s. XI a.C., todo y sin haber alcanzado aún al fundador Melanto. En segundo lugar, la regularidad de los períodos de reinado de cada uno de sus componentes. Igualmente, si se recupera la dinastía anterior que corre entre Cécrope y Timetes, se observará que, curiosamente, la componen 15 reyes, el mismo número que los Medóntidas; además, suponiéndole un período global de reinado similar a la segunda familia, esto es, de unos 4 siglos, el listado se remontaría a un lejano s. XVI a.C., el tramo final del Heládico Medio.

<sup>17</sup> Las ideas expuestas por Aristóteles en su *Política*, en relación con el origen y la tipología de la monarquía en general, encuentra su confirmación para el caso ateniense en Arist. *Ath.* fr. 1, en donde se informa de que desde fecha muy temprana –antes incluso de la llegada de Ión– los atenienses conocieron formas de realeza.

<sup>18</sup> Se trata de los tres últimos arcontes decenales que se sitúan antes del 683/2 a.C., entre la fecha de la institución del arcontado anual que inaugura Creón, e Hipómenes, el último medóntida en ocupar aquella *arché*. Si se da por bueno el comentario de Pausanias (Paus. 4.13.7), su arcontado se desarrollaría entre el 723 y el 713 a.C.

dente y compatible con el anterior, es el de fijar en la sucesión genealógica las variaciones que ha sufrido el ejercicio del poder monárquico en su deriva hacia el arcontado anual. De este modo, se presenta en primer lugar una primera dinastía mítica de 15 reyes que se suceden entre Cécrope y Timetes<sup>19</sup>. A continuación aparece el rey Melanto, a quien Timetes por cobardía le ha cedido el poder, y de este modo inaugura una nueva dinastía que se extenderá hasta el ya mencionado Hipómenes, ocupando todo el período de los arcontes vitalicios (hasta el 754/3 a.C.) y la mayor parte del arcontado decenal<sup>20</sup>. Finalmente, tres nuevos arcontes decenales –Leócrates, Apsandros y Erixias– que agotan el período de esta magistratura decenal en el 683/2 a.C.<sup>21</sup>

Pero conviene dejar a un lado el primer listado de reyes, puesto que su naturaleza fabulosa suficientemente probada lo invalida para cualquier aproximación histórica, para centrarse en la dinastía que comienza con Melanto. Es bien sabido que en esta dinastía aparece el problema del tipo de poderes que caracterizaban a sus miembros: ante la pregunta de si son auténticos reyes o bien arcontes vitalicios, las fuentes literarias se refieren a ellos de una y otra manera. Aristóteles<sup>22</sup> señala que “de entre los Códridas<sup>23</sup> ya no se elegían reyes” y, más

<sup>19</sup> El carácter fabuloso de esta dinastía está reforzado por la apariencia híbrida, antropomorfa y zoomorfa de los primeros reyes: Cécrope y Erictonio.

<sup>20</sup> Los listados son los siguientes. En ellos se hace relación al número de años de ejercicio del poder atribuidos por las fuentes. Tras Alcmeón se suceden Chárope, Aisímides Clídico e Hipómenes, que son ya arcontes o reyes decenales. La información está recogida de G. de Sanctis (*Atthis, op. cit.* 112). Para las transcripciones al castellano se ha utilizado, cuando ha sido posible, la versión de A. Tovar en su edición de Pausanias (Pausanias, *Descripción de Grecia* [Valladolid 1946]); en todo caso, se han seguido muy de cerca sus criterios.

	Primer listado				Segundo listado		
	Marmor Parium	Filocoro	Cástor		Marmor Parium	Filocoro	Cástor
Cécrope	50	50	50	Melanto	37	37	37
Cranao	9	9	9	Codro	21	21	21
Anfición	10	10	10	Medón	20	20	20
Erictonio	50	50	50	Acasto	36	39	36
Pandión	40	40	40	Arquipo	19	19	19
Erecteo	50	53	50	Tersipo	40	40	41
Cécrope II	40	43	40	Forbas	31	33	31
Pandión II	25	25	25	Megacles	28	28	30
Egeo	48	48	48	Diogneto	28	28	28
Teseo	30	31	31	Ferecles	19	15	19
Menesteo	22	19	19	Arifrón	31	31	20
Demofonte	33	35	35	Tespío	40	40	27
Oxintes	11	11	14	Agamestor	27	27	20
Afidanté	1	1	1	Esquilo	23	23	23
Timetes	8	9	8	Alcmeón	2	2	2

<sup>21</sup> Muchos estudiosos ponen en duda la fiabilidad de esta tradición, por ejemplo: G. de Sanctis, “Dalle monarchie ai governi di classe aristocratici”, *L'origine dello Stato nella Grecia antica* (Roma 1984) 103-107.

<sup>22</sup> Arist. *Ath.* fr. 7.

<sup>23</sup> Los descendientes de Codro, segundo rey de esta dinastía.

adelante<sup>24</sup>, que los Códridas “habían renunciado al reino a cambio de los privilegios concedidos al arconte”<sup>25</sup>. En Pausanias reaparece la misma caracterización como arcontes de esta dinastía, pero en este caso bajo el patronímico de “medóntidas”<sup>26</sup>, así como también, si bien ya como una mera anécdota, en Diodoro de Sicilia, quien refiere a Hipómenes como arconte<sup>27</sup>. Por el contrario, son investidos como reyes en Platón<sup>28</sup>, aludiendo de un modo general a los sucesores de Codro o, paradójicamente, de nuevo en Pausanias, quien menciona esta dignidad desde Melanto hasta Clídico, antecesor de Hipómenes<sup>29</sup>.

El punto central de interés por lo que tiene de sintomático es que, aun cuando se trate de la tradición que los recoge como arcontes vitalicios, esto ocurre para los Códridas o para los Medóntidas, esto es, bien desde Medón, bien desde Acasto, respectivamente<sup>30</sup>. El interrogante que surge en consecuencia es sobre la caracterización de Melanto, el fundador de la dinastía, y de Codro, su inmediato sucesor, así como también la de Medón de considerar sólo el primer patronímico. Surge aquí una irregularidad tremendamente significativa que puede ser un tenue indicio de la existencia de una monarquía ateniense histórica<sup>31</sup>. Por supuesto que no se trata de defender una posible dimensión histórica de algunos nombres y fechas de este listado ateniense, pero sí su posible naturaleza residual en relación con la impronta que la realidad histórica pudo haber dejado en la tradición que después alimentaría el trabajo de Athidógrafos y Cronógrafos posteriores. Y resulta que la historia ha permitido que llegara hasta la actualidad la mejor confirmación que podría haberse aducido al respecto: F. Jacoby<sup>32</sup> ya había apuntado que entre Cástor y Eratóstenes se había diferenciado entre los Códridas, arcontes vitalicios, y Melanto y Codro, reconocidos como los dos últimos reyes –y únicos de la segunda lista.

Parece indudable que la artificialidad y los desajustes de la lista real ateniense es síntoma inequívoco de un panorama confuso provocado por la coexistencia,

<sup>24</sup> Arist. *Ath.* 3.3.

<sup>25</sup> Para las citas textuales de la *Constitución de los Atenienses* se ha utilizado, ahora y en lo sucesivo mientras no medie otra nueva referencia, también la versión de M. García Valdés para la editorial Gredos: Aristóteles, *Constitución de los atenienses* (Madrid 1984).

<sup>26</sup> En alusión a los descendientes de Medón, tercer miembro de la dinastía. Paus. 4.5.10; 13.7.

<sup>27</sup> D.S. 8.22.

<sup>28</sup> Pl. *Smp.* 208d.

<sup>29</sup> Paus. 1.3.2; 7.2.1. La exclusión de Hipómenes seguramente atiende a su personalidad cruel y violenta con la que lo recogen las fuentes. Por su cercanía al talante tiránico, la tradición se inclinaba a excluirlo de las listas reales, del mismo modo que lo dibujan como aquel que echó a perder la situación preponderante de los Medóntidas.

<sup>30</sup> Pausanias (Paus. 4.5.10) llama a los sucesores de Melanto “Medóntidas”, confundiendo el fundador de la dinastía con Medón. En la moderna historiografía se maneja perfectamente el término “Melántidas” para aludir a toda la saga.

<sup>31</sup> Es del todo manifiesto que nuestro punto de vista respecto a la importancia de esta irregularidad está en las antípodas de los planteamientos de C. Hignett, para quien la conexión entre los Medóntidas y Melanto y Codro es del todo secundaria. Al respecto, C. Hignett, *A History of the Athenian Constitution to the End of the Fifth Century B.C.* (Oxford 1952) 39.

<sup>32</sup> “Die attischen Königsliste”, *Klio* 2 (1902) 406-439.

desde el Arcaísmo, de una doble tradición antagónica que se constituyó en apoyo y crítica tanto de las familias monárquicas —que pudo haber constituido una nobleza de abolengo— como de las aristocráticas más influyentes —posiblemente la nueva aristocracia que surge en el Arcaísmo<sup>33</sup>. En tanto que, casi con total seguridad, la relación de reyes se concluye cuando ya la *polis* se ha constituido definitivamente y, por consiguiente, la nueva aristocracia ha encontrado su espacio en el ejercicio político, el resultado no pudo ser otro que una clara decantación hacia unos intereses políticos refractarios a todo aquello que tuviese que ver con lo monárquico. No obstante, todavía en esta nueva situación, la monarquía constituye un motivo de discriminación entre las familias aristocráticas. R. Drews vuelve a esgrimir como testimonio de esta consideración el hecho de que entre los Códridas aparecen nombres ligados tanto a la familia aristocrática de los Alcmeónidas, como a la de los Filaidas<sup>34</sup>. La lista habría sufrido una adaptación, o bien habría sido incluso producto de una pura invención aristocrática, de manera que las principales familias habrían procurado situar en la misma a sus más remotos antepasados.

En total correspondencia se pronuncia también P. Carlier<sup>35</sup>, para el cual este listado real responde a unos objetivos aristocráticos de legitimación del nuevo régimen fáciles de rastrear. Opina este autor que la nueva aristocracia ahora en el poder habría promovido la fijación del origen de su principal magistratura —el arcontado— en tiempos lo más antiguos posible, tanto más cuanto que así se lograría minimizar el peso específico de la monarquía, y consiguientemente su prestigio, poniendo una traba nada despreciable a las aspiraciones de las familias que en los siglos VIII y VII a.C. estaban vinculadas, genealógicamente, con la tradición monárquica. Es razonable suponer que la manipulación de esta cronología tuvo que haber afectado a los tramos superiores de la misma y dejar invariable la información relativa a los períodos más tardíos. Y ello por dos razones. En primer lugar, porque de lo que se trataba era de retrasar en el tiempo el advenimiento del arcontado, de modo que no tendría sentido alterar los tramos más modernos que estarían ya ocupados por arcontes. En segundo lugar, si cabe hablar de profundas modificaciones cronológicas de la historia ateniense, éstas tuvieron que haber respetado los tramos más recientes puesto que estarían arropados por listados oficiales<sup>36</sup>.

Tal y como se dijo, la idea que se está defendiendo en estas páginas sobre esta *basileia* regia no es muy diferente en su estatus a la de un mero jefe-patriarca.

<sup>33</sup> En referencia a ese estado de confusión que rodeaba la lista real, Pausanias (Paus. 1.3.2), ya en época muy tardía, comenta de forma jocosa cómo ni los mismos atenienses acababan por dilucidar si los Medóntidas habían sido finalmente reyes o arcontes.

<sup>34</sup> *Basileus: the Evidence for Kingship in Geometric Greece* (New Haven 1983) 91. Este argumento ya había sido sugerido por C. Hignett (*A History, op. cit.* 45) y G. de Sanctis (*Atthis, op. cit.* 97).

<sup>35</sup> *La Royauté, op. cit.* 369.

<sup>36</sup> En un modo similar, C. Hignett (*A History, op. cit.* 44) defiende que los Atthidógrafos no pudieron tomarse muchas libertades con la parte relativa al inicio del arcontado anual.

Cabe pensar en unas comunidades muy poco desarrolladas tecnológicamente y con una organización socio-política muy arraigada aún en las relaciones de consanguinidad y afinidad<sup>37</sup>. El *basileús*-rey —una vez más— bien pudo ser el resultado natural de una primera estabilización de las condiciones de vida tras el período de postración cultural e insuficiencia de medios materiales para garantizar la subsistencia, que siguió al desmoronamiento de la civilización micénica y que tuvo que llevar a muchas comunidades a un estado crítico<sup>38</sup>. Para ello resultó indispensable la paulatina integración de colectividades vecinas a fin de conseguir un mutuo fortalecimiento militar y la capacidad necesaria para acometer el cultivo de aquellas zonas que habían sido abandonadas tras la recesión. En tal caso, tuvo que resultar indispensable la conjunción de estas nuevas comunidades más amplias en torno a una figura única<sup>39</sup>.

La *polis*, como sociedad de tipo aristocrático que es, sólo responde a la conclusión de un triple proceso de afirmación económica, desintegración de las estructuras gentilicias como sistema apto para el ejercicio del poder y reorganización de las unidades familiares<sup>40</sup>. La *polis* aristocrática fue el resultado de este proceso y no su detonante, de modo que tuvo que ser otra forma diferente de ejercicio del poder la que caracterizara el mundo griego hasta el final del Geométrico. Se trata ahora, por consiguiente, de argumentar que la *basileia* regia supuso una forma política generalizada en toda Grecia antes de la constitución de la *polis*, cuando las comunidades se organizaban todavía en el modo descrito por Aristóteles bajo su noción de *ethne*. R. Drews<sup>41</sup> opina que, a pesar de las lagunas existentes, se puede afirmar la presencia de monarquías en aquellos asentamientos que respondían al tipo *ethnos*<sup>42</sup>, durante los siglos IX y VIII a.C. y quizá también en el s. X a.C. Sin embargo, disentimos de lo manifestado por este autor en la consideración de su presencia histórica.

<sup>37</sup> El ejercicio del poder absolutamente integrado en la estructura gentilicia debe comprenderse en el contexto más amplio de la actualización de toda una serie de formas materiales y culturales que tienen sus raíces en el Heládico Medio, y que habían pasado a un segundo término durante el esplendor de la civilización micénica. Sobre el particular: A. M. Snodgrass, *The Dark Age of Greece. An Archaeological Survey of the Eleventh to the Eighth Centuries B.C.* (Edinburgh 1971) 177-184.

<sup>38</sup> Para esta misma reflexión en términos arqueológicos: A. M. Snodgrass, *The Dark Age, op. cit.* 360-388; U. Desborough, *The Greek Dark Ages* (London 1972) 29-129.

<sup>39</sup> Esta necesaria reunión de fuerzas en torno a una única figura encuentra su fiel reflejo, y posiblemente un elemento de pervivencia en épocas tardías, en la función militar desempeñada por el *basileús* en algunas *poleis*, según nos informan las fuentes literarias. Son los casos de Esparta, Argos, Cirene, Tesalia, incluso en época clásica, y también de Mesenia, Arcadia, Mileto y Samos, durante el Arcaísmo. Al respecto: P. Carlier, *La royauté, op. cit.* 257-265 (para el caso de Esparta) y 375-395 (para Mesenia y Argos), 404 (Arcadia), 412-418 (Tesalia), 436-440 (Mileto), 445 (Samos) y 474-476 (Cirene).

<sup>40</sup> R. Drews (*Basileus, op. cit.* 131) propone que posiblemente en el s. VIII a.C. tiene lugar la constitución definitiva de los principales grupos aristocráticos —Hipobotas de Calcis, o los Báquidas de Corinto, los Gamoroi siracusanos o los Eupátridas atenienses, por ejemplo.

<sup>41</sup> *Basileus, op. cit.* 5.

<sup>42</sup> Drews cita como ejemplos las comunidades de Arcadia, Acaya, Mesenia y Laconia antes de las reformas de Licurgo.

Coincidimos con Drews en cifrar el nicho cronológico de la *basileia* monárquica en el amplio período que transcurre entre el s. X y la mitad del s. VIII a.C. —esto es, entre el Protogeométrico y el Geométrico Medio—, en sus diferentes manifestaciones y grados de madurez; reservando el Geométrico Antiguo (900-850 a.C.) y Medio (850-750 a.C.) como el momento en el que esta *basileia* alcanza su punto culminante. En efecto, más allá del límite *post quem*, el Submicénico está marcado todavía por un alto grado de confusión y una excesiva dependencia de formas de vida deudoras de la cultura micénica, tal y como revela la Arqueología. Por otro lado, esta fase se caracteriza por un nivel de vida que diferiría muy poco de la pura subsistencia, más que por un claro restablecimiento de formas generalizadas e inalterables de organización de la vida colectiva. El límite cronológico *ante quem* vendría determinado por la constatación de evidencias irrefutables de formas de vida aristocrático consolidadas ya en el s. VIII a.C.

Pero Drews entiende la *basileia* regia como una forma de poder circunscrita a unas pocas comunidades caracterizadas por un potente sustrato gentilicio que mantuvieron incluso en una época avanzada, en la que ya la mayoría de los grupos humanos —y especialmente aquellos que después desarrollarían el modelo de *polis*— respondía a las voluntades de pequeños grupos de líderes<sup>43</sup>. Por el contrario, nosotros pensamos en una amplia extensión del ejercicio monárquico del poder, durante esta época temprana, a lo largo y ancho del mundo griego, incluso entre los asentamientos que después desarrollaron pautas aristocráticas como modelo organizador de la vida colectiva. No obstante lo dicho, creemos que nuestros puntos de vista están mucho más cerca de lo que podría parecer. El motivo central de estas diferencias no se encuentra en la utilización de modelos enfrentados en lo que a la comprensión global del problema se refiere, sino en la reserva metodológica que dirige rigurosamente la argumentación de R. Drews. La ausencia de los suficientes testimonios de valor histórico relativos a épocas más antiguas lo lleva a considerar casi de forma exclusiva el Geométrico Tardío, sobre el cual compartimos perfectamente la misma impresión de que el régimen político más

<sup>43</sup> *Basileus*, *op. cit.* 129-130. Aun cuando la importancia del estudio de R. Drews es innegable, creemos que sus conclusiones no acaban de demostrar la tesis propuesta. Concretamente, en sus comentarios finales al capítulo II establece cuatro grupos bien diferenciados de asentamientos. En el primero se recogen aquellos *ethne* en los que es muy probable la existencia de una temprana monarquía. En el segundo, las *poleis* en cuyas tradiciones la presencia de reyes posthoméricos es explícitamente negada. En el tercero, aquellas otras en las que no se menciona la existencia de estos reyes. Y por último, el cuarto es dedicado a las *poleis* que presentan tradiciones ambiguas. Visto el esquema, debemos aclarar que el autor utiliza la expresión “reyes posthoméricos” para designar el residuo que ha dejado en la tradición la monarquía micénica, y no como referencia al momento en que presumiblemente se data la elaboración de los poemas épicos. En otras palabras, el término “homérico” es utilizado por Drews como imagen de la realeza micénica en tanto que está efectivamente presente en la tradición como pasado heroico que es, evitando conferirle cualquier atisbo de realidad histórica vinculada a la *polis*. Dicho esto, podemos mantener que, a nuestro juicio, la ordenación de las conclusiones en estos cuatro grupos prueba, por encima de todo, la existencia de un horizonte de extrema ambigüedad. Al final, todo parece decantarse hacia la tesis del autor por la presencia de un grupo —el tercero— sobre el que se aplica un argumento *ex silentio*.

extendido –y en vías de consolidación definitiva– fue de tipo aristocrático, quedando la *basileia* monárquica relegada a un puro anacronismo.

En este contexto parco en documentación se hace necesario un ejercicio más libre de imaginación histórica, exprimiendo al máximo algunas noticias de interés. Las fuentes ofrecen alguna que otra información –eso sí, mucho menos de lo que sería deseable– susceptible de ser utilizada en apoyo de nuestras consideraciones, recordando una vez más que no se trata tanto de descubrir una realidad histórica en ellas como de valorarlas por su carácter indiciario. Una nueva recuperación de la tradición ateniense sería particularmente interesante si con ella pudiera probarse que, constituyéndose como lo hizo en la *polis* por antonomasia, Atenas y el Ática se caracterizaron en un momento temprano de su historia –a despecho de los argumentos de Drews– por albergar pequeñas comunidades con las que las fuentes relacionan algún tipo de monarquía.

Que la propia configuración político-territorial del Ática en *demoi*, antes y después de Clístenes, es un claro indicio de la existencia de una tradición residencial articulada en pequeños asentamientos, es algo que está fuera de toda duda razonable. Lo mismo habría que convenir sobre cuestiones ya suficientemente probadas como la ubicación de la mayor parte de los habitantes de la *polis* de Atenas en las zonas rurales. La Arqueología ha revelado restos suficientes al respecto que se extienden desde la época clásica y postclásica hasta el Geométrico Tardío, llegando a enlazar con tipos de ocupación similar asociados a la civilización micénica o incluso con formas culturales heládicas anteriores. Por lo tanto, el concluir que este tipo de organización rural y dispersa es inherente al mundo griego desde sus orígenes no entraña, en la actualidad, ningún tipo de oposición. Pero como resulta obvio suponer, esto no añade ningún elemento de juicio acerca del tipo de ejercicio del poder que tenía lugar en estos asentamientos, de modo que la atención a las fuentes se presenta indispensable.

El testimonio más importante en este sentido es el relato fabuloso del conflicto dinástico surgido a la muerte de Egeo que es transmitido por Plutarco<sup>44</sup>. Según la tradición, el punto central de este enfrentamiento fue la tardía aparición de Teseo en Atenas, cuando Egeo tenía ya una edad avanzada y había perdido el control de su reino<sup>45</sup>. La inoportuna presencia de Teseo desbarataba los deseos abrigados por los Palántidas de acceder al trono ateniense; deseos por otra parte perfectamente legítimos en ausencia de un sucesor directo de Egeo, en tanto que ellos mismos formaban parte de pleno derecho de la familia real ateniense, como hijos que eran de Palante, a su vez hijo menor de Pandión II y, por tanto, hermano de Egeo<sup>46</sup>. En el desarrollo de los acontecimientos y para lo que aquí interesa,

<sup>44</sup> Plu. *Thes.* 13.

<sup>45</sup> Plu. *Thes.* 12.3.

<sup>46</sup> El conflicto dinástico es llevado a su máxima tensión en algunas fuentes en las que se sitúa a Egeo como hijo adoptivo de Pandión II, justificando de este modo la revuelta de los Palántidas. Esta tradición viene recogida, por ejemplo, en Plutarco (Plu. *Thes.* 13.1) o Apolodoro (Apolod. 3.15.5). Por su parte, Pausanias (Paus. 1.5.3-4; 39.4) refuerza la primogenitura de Egeo.

Plutarco menciona los *demoi* de Sphettos y de Gargettos como puntos de apoyo en la emboscada que tienden al héroe ateniense<sup>47</sup>. De ello podría inferirse que la familia real de los Palántidas no sólo ejercería su dominio sobre el *demos* de Pallene –el epónimo es suficientemente explícito en este sentido– sino también sobre Sphettos y Gargettos, de modo que no debe forzarse la interpretación de que, en tiempos anteriores a la *sympoliteía*, existiría una casa real por cada una de esas demarcaciones territoriales y administrativas que son los *demoi* áticos.

De un modo muy similar, el papel jugado en la fábula por el heraldo de Hagnous<sup>48</sup>, primero apoyando a los Palántidas para después traicionarlos y dar aviso a Teseo de la conjura, remarca a su vez, de algún modo, una cierta independencia de este *demos* respecto a la dinastía palántida y, quizá –el relato nada dice al respecto–, la presencia en Hagnous de un poder político de linaje diferente. De cualquier modo, lo importante aquí es remarcar cómo estas referencias gentilicias regias quedan integradas en la tradición posterior de estos *demoi*. Tanto es así que el mismo Plutarco informa de la prohibición existente en tiempos históricos –y que debe entenderse como una formalidad ritual más que como un impedimento efectivo– de contraer matrimonios mixtos entre los ciudadanos de Pallene y Hagnous<sup>49</sup>.

Más allá de este episodio de la conjura de los Palántidas, existen otras breves alusiones a una posible pluralidad de monarquías extendidas por el Ática. El mismo Plutarco realiza idénticas consideraciones dentro del marco general de la tradición ateniense sobre la *sympoliteía* del Ática: da noticia, por ejemplo, del gobierno del *demos* de Eleusis por un tal Diocles que a la postre será vencido por el héroe ateniense con el fin de integrar el enclave en el proceso unificador del Ática<sup>50</sup>. Asimismo, se pueden encontrar otras alusiones a la asociación entre *demoi* y monarquía en Pausanias: en primer lugar, habla del rey Porfirión vinculado al *demos* de Athmonon, y concluye el comentario señalando que tanto para Atenas como para cada aldea hay tradiciones políticas diferentes<sup>51</sup>. Más adelante, vuelve a hacer lo mismo entre el rey Coleno y el *demos* de Myrrhinous, apenas un par de kilómetros al este de Hagnous, y de nuevo acaba recordando cómo en las tradiciones de las diferentes aldeas del Ática se refieren dinastías reales que les son propias<sup>52</sup>.

<sup>47</sup> Plu. *Thes.* 13.2. Con relación a los *demoi* áticos: D. Whitehead, *The Demes of Attica 508/7-ca.250 B.C.* (Princeton 1986). Dado nuestro desconocimiento de un estudio serio sobre la transcripción al castellano de los nombres de los *demoi*, los que aparecen en estas páginas han sido extraídos literalmente de la obra citada.

<sup>48</sup> Plu. *Thes.* 13.3.

<sup>49</sup> Plu. *Thes.* 13.4.

<sup>50</sup> Plu. *Thes.* 10.4. Por su parte, el *Himno Homérico a Deméter* (h.Hom., h.Cer. 96-97) cifra la llegada de Deméter a Eleusis en tiempos del rey Céleo, personaje fabuloso nacido de la propia tierra eleusina y primer rey de Eleusis. De nuevo, en los versos 154-156 y también en 474-478, se halla una alusión al linaje de Céleo. Nótese, además, que Deméter es la nodriza de Demofonte durante su estancia en Eleusis.

<sup>51</sup> Paus. 1.14.7.

<sup>52</sup> Paus. 1.31.5.

Posiblemente, estos pocos ejemplos demuestran, no sin ambigüedades, una impresión muy arraigada en la mentalidad colectiva según la cual el Ática estaba constituida, en tiempos remotos, por un conjunto de asentamientos a cuya cabeza se encontraban familias caracterizadas por los atributos de la realeza y la transmisión hereditaria del poder. Algo similar podría interpretarse en el caso ateniense: en los listados reales se hallaría presente la tradición una monarquía local hasta Egeo, y en esta primera dinastía real quedaría reforzado el carácter autóctono de la *basileia* ateniense en la naturaleza fabulosa y estrechamente unida a la tierra de los primeros reyes. Sin embargo, también esta tradición monárquica encierra graves contradicciones. Una primera dificultad se halla en el hecho de que entre sus filas, y en una posición avanzada, aparezca la figura de Teseo –el artífice de la *sympoliteia* ática–, lo cual supone la desautorización de casi la mitad de la primera dinastía y la totalidad de la segunda.

Pero el que tal vez sea el principal escollo es que, por lo general, estos listados suelen referirse al conjunto del Ática. Dicha tradición resulta todavía más fortalecida en el caso de los monarcas que suceden a Teseo en razón del papel desempeñado por el héroe ateniense, y particularmente a los integrados en el segundo listado real, dado el carácter más legendario de la primera dinastía, a lo que se podría unir el hecho de que esta segunda encajaría *grosso modo* con el marco cronológico de la monarquía defendido en páginas anteriores<sup>53</sup>. Así pues, la dinastía de los Medóntidas surge entonces como una monarquía ateniense pero ya extrapolando este calificativo para el conjunto del Ática, perdiéndose inexorablemente la posibilidad de interpretarlo en términos locales, como referencia específica al enclave de Atenas. Y esto en el mejor de los casos, es decir, haciendo caso omiso del hecho de que Teseo marca no sólo un proceso de unificación política sino también la constitución del modelo de la *polis* en la que ya no tiene cabida el régimen monárquico. La prueba por antonomasia en este sentido es que sobre la propia dinastía de los Medóntidas se cierne la disyuntiva de su caracterización como reyes o como arcontes. Ante todo este confuso panorama, parece bastante evidente que en los listados atenienses han convergido varios intereses que se han superpuesto sin examinar la posibilidad de incurrir en flagrantes contradicciones. En este sentido no resulta descabellado imaginar la cristalización una tradición local de la monarquía ateniense, recogida en la primera parte de los listados, y de una tradición aristocrática orientada hacia un doble objetivo: por un lado, situar en un momento temprano las operaciones que dieron origen al ordenamiento aristocrático, lo que se encuentra unido a la figura de Teseo; por otro, legitimar esa unificación política que entraña la *polis* vinculándola en aso-

<sup>53</sup> En efecto, si recogemos tal cual las referencias presentes en las fuentes, debemos partir del 683/2 a.C., momento en que se instituye el arcontado anual. Si a esta fecha le sumamos los 70 años correspondientes a los 7 arcontes decenales, y los años correspondientes a cada uno de los reyes o arcontes vitalicios que recoge el segundo listado, el mandato de Melanto y el origen de la dinastía se remonta al s. XI a.C. *Vid.* P. Carlier, *La royauté, op. cit.* 363.

ciación centenaria con el ordenamiento monárquico anterior, presente sobre todo en el segundo listado real.

Por su parte, la dificultad de integrar la tradición de la realeza ateniense con ese otro puñado de noticias referentes a los monarcas de los centros locales del Ática demuestra a su vez la presencia de una doble tradición. De una parte, una tradición localista, propia de cada uno de los *demoi*, y de la que apenas ha llegado información; de otra, una segunda tradición, casi con toda seguridad elaborada posteriormente, que responde a la necesidad de una firme integración en la historia mítica de los fundamentos de esa realidad, mucho más moderna, que es la *polis* ateniense. Y una operación compleja como ésta se desarrolló en una doble vertiente: la ubicación en el pasado mítico de las instituciones más importantes –sin lugar a dudas el arcontado– y el establecimiento en esta época heroica de los ancestros de las principales familias, en mayor o menor medida relacionados con el proyecto fundacional de la *polis*.

En razón de todo lo expuesto, los listados reales atenienses no pueden valorarse con rigor histórico; sus objetivos son otros bien distintos al de la preservación de ciertos acontecimientos pretéritos. Y, sin embargo, a pesar de las inconsistencias históricas derivadas de su formulación tardía, a pesar de ese denodado intento de la nueva sociedad aristocrática de retrotraer en el tiempo su acto fundacional y, por consiguiente, de desplazar del imaginario colectivo cualquier forma política que le resulte ajena, la monarquía es una realidad presente de manera innegable en la mentalidad ateniense cada vez que se cita el pasado. Estos listados regios son buena prueba de ello.

En último lugar, conviene plantear un interrogante –y nada más que esto– que sin duda está relacionado con este tema. Se trata de un problema relativo a la organización social de los ciudadanos en el interior de la *polis* y, más concretamente, a una característica presente en algunos *gene*. Es bien sabido que el *genos*, junto a la fraternía –*phratría*– y la tribu –*phyle*–, desempeña un papel esencial en la organización civil de la comunidad. De los *gene* parece seguro su origen tardío a diferencia de fraternías y tribus cuyo arranque se pierde en la noche de los tiempos. Se ha aducido repetidamente, como prueba de ello, el hecho de que el *genos* carezca de esas competencias en materia civil y criminal tan ligadas a la tribu y, sobre todo, a la fraternía<sup>54</sup>. Por eso mismo, algunos historiadores han destacado su carácter “artificial”<sup>55</sup>, bien alejado de unas formas simples –“naturales”, podría decirse– de regular la vida colectiva que se apuntalan en los criterios de consanguinidad y territorialidad perfectamente reconocidos en el origen de las

<sup>54</sup> En una línea similar, ya se ha incidido lo suficiente, como demostración de su carácter tardío, en que el *genos* no aparece en los poemas homéricos, a diferencia de las nociones de fraternía y tribu. Estas últimas se presentan por cierto en lo que se ha juzgado como su dimensión más arcaica, esto es, como base de la organización militar sin ninguna referencia a otras funciones que le serán características en el futuro. Las referencias se encuentran en: Hom. *Il.* 2.362 ss.; 668 ss.; 9.63 ss.

<sup>55</sup> C. Hignett (*A History, op. cit.* 63) utiliza explícitamente este término.

fratrías y tribus<sup>56</sup>. Naturalmente, con ello no se está afirmando que estas características se encuentran al margen del *genos*, pero sí que no constituyen su marca determinante. La importancia del linaje en la realidad social del *genos* es algo que no necesita más explicaciones. Es lógico suponer que en la integración de familias concretas en una unidad de rango superior –*genos*– la proximidad geográfica tuvo que haber tenido una especial relevancia<sup>57</sup>, sobre todo si se considera todo un proceso creciente de concentración de propiedades rurales que se desarrolló paralelamente<sup>58</sup>. Por este mismo motivo, parece indudable que en la constitución del *genos* se vislumbran claros móviles de tipo político, de concentrar la gestión del poder en un sector restringido del conjunto de ciudadanos. Muchos historiadores mantienen la suposición de que la mayor parte de la ciudadanía se encuentra desplazada de estas organizaciones, siendo *gennetai* únicamente aquellos que pueden desgranar hasta los orígenes del linaje la genealogía de sus antepasados. De este modo, y ésta es la tesis que más apoyos recibe en la actualidad, resulta adecuado suponer que el *genos*, como unidad específica de ordenamiento civil, surge de la mano de la constitución de la *polis* y de un ordenamiento de base aristocrática de la sociedad. El *genos* bien podría ser un producto, en el ámbito civil, de ese carácter consensual referido repetidas veces al hablar del origen de la *polis*.

Para los siglos V y IV a.C., el período del que se disponen testimonios suficientes respecto al ordenamiento cívico ateniense, se conocen unos 50 *gene*. Sin embargo, y aquí reside el punto central de interés en este trabajo, se presenta como un hecho verosímil que sólo una pequeña parte de estos *gene* dispusieron de privilegios religiosos exclusivos en la gestión del culto de algunas divinidades que pasaron de ser locales y gentilicias a auténticos cultos nacionales<sup>59</sup>. Por citar

<sup>56</sup> El predicar un origen familiar y territorial de estas formas sociales no entra en contradicción con el hecho probado de que la tribu y la fratría poco o nada mantienen de aquel carácter originario en el estado arcaico y clásico. En el proceso de consolidación de la *polis*, los sistemas de estructuración social responden esencialmente a las necesidades del nuevo modelo político –organización del cuerpo cívico, elección de los cargos ejecutivos y de los miembros de las instituciones deliberativas, composición del ejército ciudadano–, de modo que carece de todo fundamento afirmar su carácter étnico. Las reformas del sistema tribal para adecuarlo a las nuevas exigencias políticas están bien atestiguadas en la literatura antigua como demuestran los ejemplos de Clístenes de Sición, de Clístenes el ateniense, o de Demonacte de Mantinea en Cirene.

<sup>57</sup> Naturalmente, el contemplar esta naturaleza gentilicia –en su doble dimensión parental y territorial originarias– tan propia del *genos* no exige entender su aplicación de un modo inflexible. Muy posiblemente la noción de familia aristocrática que se integra en un *genos* deba ser concebida en un sentido amplio, englobando al mismo tiempo esos grupos de ciudadanos unidos a ella por vínculos de clientela. En este caso y como resulta obvio suponer, los lazos familiares son puramente simbólicos. Por otro lado, en época clásica está atestiguada la presencia de *gene* cuyos miembros y posesiones se dispersan sobre varios *demoi*. En efecto, en Demóstenes (D. 59.61) se alude a cómo el *genos* de los Britidas está presente en los *demoi* de Hekale, Eroiadai, Phaleron, Lakiadai o Kephale.

<sup>58</sup> Esta particularidad ya fue defendida por G. de Sanctis en 1912 (*Athis, op. cit.* 56 y 60-62) y sigue plenamente en vigor.

<sup>59</sup> Por tanto, no debe ser mal interpretada la referencia de Aristóteles (*Arist. Ath. fr.* 5) a que dentro de cada *genos*, y para cada uno de ellos, se reparten los cargos sacerdotales. En este punto concreto, el estagirita no alude a los cultos estatales sino a los cultos gentilicios propios de cada

una única fuente, el mismo Aristóteles, cuando trata las funciones del arconte rey, informa de que las cuestiones relativas a los misterios eleusinos son administradas por él mismo junto a un representante de los Eumolpídai y otro de los Kérykes<sup>60</sup>. Como es lógico suponer, lo más probable es que los *gene* que mantienen un lugar predominante en estas liturgias de ámbito estatal fueran aquéllos ligados a dichos cultos cuando éstos eran únicamente cultos gentilicios, es decir, antes de la construcción del estado ateniense.

Parece sencillo responder a la pregunta de por qué tan sólo unas familias aristocráticas disfrutaron de esta situación privilegiada en los asuntos sacros. La respuesta iría, poco más o menos, en la dirección de recalcar que fueron los dioses familiares y locales con los que algunos de sus miembros tenían algún tipo de relación, los que, por razones desconocidas en la actualidad, se constituyeron en divinidades de rango estatal. Las familias que se beneficiaron de estas medidas fueron las que determinaron, en suma, el ritmo y las características de la *sympoliteía* ática y la constitución de la sociedad aristocrática. No debe desecharse la idea de que en todo este proceso de descomposición de la familia tribal pudieron adquirir un peso específico determinante familias que no estaban entroncadas con los linajes monárquicos o bien, cuyos vínculos eran muy débiles. Pero, en la transmisión del poder hacia la sociedad aristocrática debieron de desempeñar los papeles principales las antiguas familias monárquicas que procuraron por todos sus medios mantener su situación de privilegio en la nueva gestión del poder político.

En el momento de la culminación de ese lento proceso encaminado hacia la *sympoliteía*, que posiblemente coincida también en sus líneas generales con el de la constitución de los *gene*, la conversión en divinidades generales para la nueva y más amplia comunidad de algunos de los antiguos cultos locales tuvo que entrañar una importancia simbólica extraordinaria. Sería exagerado mantener que todos los linajes monárquicos consiguieron reconvertir sus cultos gentilicios en estatales; ello iría contra toda la lógica histórica: exigiría admitir que todos los linajes monárquicos y núcleos de población compartieron un mismo rango y que no existió una estructura jerárquica en su ordenamiento geo-político. Ello requeriría reconocer la ausencia de desigualdades en factores como la capacidad militar de los asentamientos, la situación más o menos ventajosa en el espacio, el prestigio y las capacidades entre sus patriarcas, etc.; y obligaría también a negar que algunos linajes monárquicos pudieron ser integrados, ocupando lugares francamente secundarios, en *gene* dirigidos por linajes pujantes. Pero, aun haciendo todas estas salvedades, parece razonable suponer que la elevación a un rango estatal de algunos cultos gentilicios refleja en términos simbólicos el triunfo de

*genos*, entre cuyos miembros deben repartirse las funciones sacras. Cf. G. de Sanctis, *Atthis*, *op. cit.* 61-62; C. Hignett, *A History*, *op. cit.* 64.

<sup>60</sup> Arist. *Ath.* 57.1. P. J. Rhodes (*A Commentary on the Aristotelian Athenaiion Politeia* [Oxford 1993] 637) realiza un comentario exhaustivo de esta referencia aristotélica acompañada de un aparato crítico bibliográfico y epigráfico muy interesante.

unas familias determinadas en el nuevo ordenamiento. Y estas familias debieron de estar relacionadas, de algún modo, con los linajes monárquicos más importantes del escenario ático.

El paradigma de esta conjetura se encuentra en el caso de Eleusis. El carácter estatal del culto a Deméter y los misterios eleusinos, desde la misma constitución del estado ateniense, no necesita ulteriores demostraciones<sup>61</sup>. Por otro lado, la tradición reconoce una monarquía eleusina anterior a la *sympoliteía* ática: a ella se aludió con anterioridad por boca de Plutarco, quien narró la victoria de Teseo sobre Diocles<sup>62</sup>. En efecto, la tradición ateniense que canta la hazaña de la *sympoliteía* ática presenta a Eleusis como un escollo difícil –tal vez el último de importancia– en la consecución de esta empresa<sup>63</sup>, lo cual demuestra claramente el poder y la independencia de este centro en el panorama general del Ática. La Arqueología ha demostrado que Eleusis disponía de una colina convenientemente defendida que extendía su señorío por un territorio nada despreciable y controlaba la ruta principal que comunicaba el Ática con el Peloponeso. Y junto a todo esto, tras la integración de Eleusis en la *sympoliteía* ática y una vez constituido el estado, se observa que los cultos nacionales que tienen su sede en Eleusis están administrados en exclusiva por *gene* de origen eleusino: los Eumolpídai y los Kérykes<sup>64</sup>. No parece existir una explicación más plausible que la de imaginar la elevación de los cultos locales a rango estatal como un privilegio que manifiesta en el ámbito religioso el peso adquirido por las familias de Eleusis en el nuevo consejo aristocrático ateniense.

<sup>61</sup> El hallazgo de restos arqueológicos de edad pisistráida bajo el Telesterion, que pueden ser interpretados como edificios de función sacra, es un argumento definitivo en apoyo de la antigüedad del culto estatal. Por otra parte, su alcance estatal queda también reflejado en la literatura: por ejemplo, Pausanias (Paus. 1.36.4) comenta que la vía de comunicación entre Atenas y Eleusis se denominaba “Vía Sagrada”.

<sup>62</sup> Plu. *Thes.* 10.4.

<sup>63</sup> Aun cuando los historiadores conciben la *sympoliteía* como un proceso esencialmente pacífico, no descartan la posible existencia de conflictos armados esporádicos. La misma tradición recoge fricciones entre Eleusis y Atenas que alcanzan incluso la época heroica, tal y como demuestra un escueto comentario de Pausanias (Paus. 9.9.1), una anotación de Tucídides (Th. 2.15.1), o el propio *Himno homérico a Deméter* (*h.Cer.* 265-269). Esta última alusión, sin embargo, debe tomarse con suma cautela puesto que también ha sido interpretada como referencia a un combate ritual en honor de Demofonte.

<sup>64</sup> W. Dittenberger, “Die eleusinischen Keryken”, *Hermes* 22 (1885) 1-40; G. de Sanctis, *Atthis*, *op. cit.* 37; C. Hignett, *A History*, *op. cit.* 64.